

acabó la disputa de modo que parecía yo el favorecido y ella la generosa, tan satisfecho yo de mi acción, tan hueco, cual si un imperio hubiera salvado, y no lo digo por la importancia del hecho, sino por el placer íntimo, purísimo, que me producía.

El que estos apuntes estén condenados á encierro perpetuo en mi papelera desvirtuará las críticas que puedan hacérseme y las imputaciones malignas de que escojo entre mis recuerdos lo bueno, aquello que sirva para darme lustre, y callo lo que me sea desfavorable. Porque nadie creará que después de este rasgo mío y en circunstancias que los del oficio llamarían cínicamente providenciales, vencido el peligro inmediato y terminado el lío del trabacuentas, me retiré á mis cuarteles de Belgrano con la intención de no volver: en primer lugar, no quería aparecer como acreedor molesto, ni que por tal se me tuviera, y luego, deseaba reflexionar despacio acerca de los resultados de aquella aproximación, qué era lo que más convenía á mi tranquilidad y á la ventura de ambos.

No contaba yo con que la impaciencia de Delfina y el desarrollo de sus ocultos planes daría al traste con mis propósitos, pues no pasaron tres días y ya recibí dos letritas apremiantes suyas: que fuera, que por qué la olvidaba, que había de consultarme acerca de una operación de retroventa, que me convenciera que mi papel de administrador honorario me obligaba á visitarla todos los días. Dudé si iría, pero fuí...

Excusado será que afirme que todo el tiempo que

duraron estas sospechosas andanzas más reinó en mi casa la confusión y estaba mi servidumbre atónita del entra y sal desordenado del hombre más metódico que ha existido. Era como si el reloj principal, el viejo reloj que regulaba la vida interior y con respetable campana recordaba solemnemente los deberes de cada cual, se hubiera descompuesto y sonara á tontas y á locas.

Bullebulle, sobre todo, andaba con las manos en la cabeza. ¿Qué ocurría para que el *niño* Juanito de Dios se marchara á la ciudad todos los días y volviera de noche y no comiera uñas veces y no almorzara otras y hasta en el vestir y el acostarse y el levantarse cambiara sus costumbres y las reglas fijas y absolutas de tantos años? ¿Por qué mudanza tan rápida y extraordinaria? No se atrevía á preguntarme nada, pero me espiaba, me observaba con disimulo, me seguía por el jardín hasta el portón.

— ¿También hoy vendrá el niño tarde? ¿No comerá en casa? ¿Hasta qué hora debemos esperarle?

Sentía yo una poca de vergüenza, no sé por qué, pero la sentía, de este mal ejemplo que me parecía estaba dando quien nunca fué tachado de darlo.

El simple del mulato no se apartaba del portón, y cuando regresaba, siempre á hora irregular por causa de la distancia, sin hablar se revolvió junto á mí husmeando como lebel y elevando ya el pañuelo, ya la manga á sus narices. Preocupado yo, le hacía poco caso, en verdad; pero un día me chocó que á estos as-

pavientos olfativos añadiera otros realmente irrespetuosos; y era que conforme iba entregándome las prendas de vestir, bien cepilladitas y apañadas, las olía y á todas aplicaba el chato y obscuro naso como si éste fuera sello que refrendara la obra de su limpieza y cuidado.

— ¿Qué haces? — le interpele con mi acostumbrada dulzura, que no he sabido yo nunca ser áspero, — ¿qué haces?

— Es que — contestó el mulato — desde que el *niño* Juanito anda tan ocupado y cualquiera diría que á salto de mata, trae pegado un olor muy especial, un olor que huele así como á...

— ¿A qué? — insistí yo atomatándome porque recordé el perfume favorito de Delfina.

— A demonio — dijo *Bullebulle* convencido, — pero á un demonio que no ha sido azufrado todavía, un demonio que debe ser muy hermoso y muy aristocrático.

IX

Engolosinado con la dulce compañía de Delfina, no he dicho nada aún de dos encuentros que tuve en su casa durante la temporadita á que vengo refiriéndome, y fué el primero el de un jovenzuelo á quien yo no conocía y ella me presentó y se llamaba Angel de nombre, ó más bien Angelón, pues era el más hermoso jayán que he visto en mi vida, robusto, colorado, de

amarillos bucles y sin sombra de vello en la cara, el cual Angelón por tres veces llegó cuando yo salía y luego desapareció y no dí con él hasta la noche en que sufrí el más horrible desengaño de que hago memoria y contaré á su tiempo. Este Angelón murió en la revolución *ordenista* que estalló algo más tarde; era, según supe después, un tronera de mucho cuidado, y la bala que le mató le hizo merecida justicia; que á veces al que la sociedad y la ley absuelven como cómplices, el destino condena como juez.



Su presencia en casa de Delfina no me causó la mínima gracia, y eso que yo, en rigor, no iba allí á fiscalizar más que las cuentas y en lo tocante á otra cosa nada me autorizaba á entremeterme. Pero como la planta de mi amor reverdecía á despecho mío, confieso que aquel bello zopenco me inspiró un sentimiento que se parecía á los celos, y no eran celos precisamente, sino desconfianza propia y desconfianza de Delfina, temor, aprensión, todo lo que me quitaba el sosiego y me guardaba bien de expresar por tenerlo á necedad y ridiculez. Delfina, que sin duda se percató de ello, me manifestó que el Angelón era hermano de unas íntimas amigas suyas que solían enviarla con él recados de cuándo se encontrarían en tal parte ó saldrían de

... conforme iba entregándome las prendas de vestir...